

todas las clases en unos mismos campamentos y haberse elevado todas las almas á unas mismas creencias. Lo que hubo fué, que el Pontificado, en su aspecto político, en su aspecto histórico, es una institucion esencialmente de Edad media; y por eso brilla con tan extraordinario resplandor desde el siglo quinto en que la Edad media empieza hasta el siglo décimosexto en que concluye la Edad media. Cambiadas las ideas con el cambio de las generaciones vino, al comenzar la Edad moderna, un espíritu de manifiesta hostilidad al Pontificado, sobre todo, en los pueblos del Norte. Y este espíritu suscitó la revolucion religiosa. Ahora bien, ¿esta revolucion tuvo precedentes históricos? ¿Apareció súbita ó lentamente? ¿Pudo evitarse con una gran reforma? ¿Pudo contenerse con el espíritu de los últimos Concilios del siglo décimoquinto? Cuando estalló ¿estaba justificada? ¿Cuáles fueron sus principales determinaciones? ¿Qué grandes hombres la representaron? ¿Hubo tras de esta revolucion sus reacciones? ¿Quiénes fueron los representantes de esas reacciones? ¿Qué ideas, qué leyes, qué instituciones ha dejado la revolucion religiosa? ¿Qué consecuencias ha tenido en la historia? A todas estas preguntas contestaremos en el curso de nuestra obra.

FIN DEL PRÓLOGO

CAPÍTULO PRIMERO

FORMACION Y DESARROLLO DEL DOGMA CATÓLICO

Nos proponemos historiar y considerar la revolucion religiosa que, á principios del siglo décimosexto, renovó la fe y la doctrina de grandes pueblos; asoció Iglesias con pretensiones á restaurar el Evangelio y á resucitar un nuevo Cristo en la conciencia y en la vida; llegó á cambiar el sentido social de toda Europa y á establecer en las razas á ella mas repulsivas, en las razas de origen romano, instituciones, á cuya sombra vivimos, y con cuya libertad nos envanecemos. Como todas las revoluciones tienen dos impulsos, los cuales suscitan dos movimientos, uno de accion y otro de reaccion, comprendemos y abrazamos dentro de esta historia, no solamente las ideas y los hechos de aquellos que hácia adelante se movieron, y por consecuencia reformaron los dogmas y los cánones antiguos, sino tambien las ideas y los hechos de aquellos que combatieron la reforma y trataron de exagerar los dogmas y los cánones amenazados, á fin de que, en lucha tan porfiada, correspondiese al empuje la resistencia. Este gran período, presentido por la invasion democrática de las órdenes mendicantes á fines del siglo décimotercio, empieza verdaderamente con el concilio de Constanza y concluye con el concilio de Trento. Si toda idea trascendental encierra una serie de ideas, todo hecho capitalísimo encierra una serie de hechos. Y la revolucion religiosa no se contiene dentro del período en que sucede, antes se extiende y dilata, con mas vigor que en sus comienzos, á nuestro mismo tiempo. Como existen Iglesias que recogieron sus ideas y en sus corrientes se bañaron, existen pueblos que

TOMO I

1709402
COR

sobre estas ideas han erigido los códigos de sus leyes y en estas corrientes han puesto las naves de sus Estados. Por consecuencia, los hechos capitales de esos dos siglos; el décimoquinto, último de la Edad media, y el décimosexto, primero de la Edad moderna; los hechos capitales, si tienen sus premisas en los tiempos anteriores como veremos con espacio, tienen también su consecuencia y corolario en este nuestro tiempo. No cabe dudar: así como la época que se extiende desde la muerte de César hasta la muerte de Cristo ha dado incontrastables bases á las edades subsiguientes dándoles el Imperio y el Cristianismo; la época que se extiende desde el nacimiento de Jerónimo Savonarola hasta el tránsito y fin de San Ignacio, ha dado bases incontrastables á nuestra edad, dándole á un tiempo la Reforma y la Revolucion. Al historiar las tendencias liberales de los que deseaban dentro de la Iglesia católica, sin herir su fe, sin cambiar su disciplina, establecer una República tan austera y santa como la sociedad cristiana primitiva en el abismo de las Catacumbas, casi historiamos escuelas y doctrinas de nuestros mismos días; como al historiar la Iglesia monárquica que surgió de la Reforma en Alemania, y la Iglesia parlamentaria y aristocrática que surgió de la Reforma en Inglaterra, y la Iglesia democrática que surgió de la Reforma en Suiza y Holanda para extenderse por América y fundar los Estados-Unidos, todo esto contrastado por la orden de los Jesuitas que deseaba vincular el espíritu moderno en los Papas, orden á su vez combatida de los reyes en el siglo último deseosos de vincular el espíritu moderno en la monarquía, al historiar todo esto, ponemos á la vista de nuestros lectores y entregamos á su consideración problemas idénticos á los que hoy embargan todas las conciencias y traen más ó menos conmovidas y perturbadas á todas las sociedades modernas. Pocas veces la historia de los tiempos anteriores ha guardado enseñanzas más provechosas ni advertencias más útiles para este nuestro tiempo como la historia concienzuda y serena de la Revolucion y de la Reaccion religiosas.

No podrán parecer cosas menudas las que atañen á la humana conciencia y á los destinos humanos aquende y allende el sepulcro. Apóstoles de nuevas ideas que hacen estremecer los corazones y cambiar de cauce á la vida; mártires que en las hogueras exhalan el último suspiro, como si los tiempos heroicos del Cristianismo volviesen, y que oponen á los implacables verdugos

mudas plegarias despedidas de sus arrobos místicos y sonrisa de resignación pacientísima dibujada en sus labios movidos por los cánticos religiosos; concilios ecuménicos en los cuales sobreponense los clérigos á los Papas como los nobles ó los plebeyos á los reyes en las Asambleas revolucionarias; Papas, unos legítimos, otros cismáticos, huidos, rivales entre sí, alzándose estos contra aquellos con títulos sacados ya de cónclaves, ya de conventículos, y rompiendo en mil pedazos las tablas de las leyes y los altares de Cristo, mientras más tarde otros Papas, enamorados del arte como los héroes y los oradores de Atenas, circuidos de poetas y arquitectos que los exaltan á la inmortalidad en obras inspiradas por una especie de paganismo, el cual devuelve su poesía casi muerta á los campos y su alegría casi extinguida á las almas al par que renueva la sangre en las venas hinchadas, como las yemas de los árboles en abril, por la primavera del Renacimiento, y su hermosura plástica á los cuerpos modelados con arreglo á las estatuas griegas que se levantan de las ruinas en esta Pascua de la Resurrección del espíritu; guerras cruentísimas en que las ciudades más ilustres son entradas á saco, los campos más hermosos talados á hierro, las generaciones más fuertes consumidas en los incendios y enterradas en los combates; revoluciones, á primera vista confinadas en los conventos y reducidas á disputas entre frailes, irradiadas luego por misteriosas irradiaciones al campesino en su terruño, y dándole banderas y armas de rebelión que todo lo destrozan y atierran; tropes de innovadores y profetas predicando por las calles y las encrucijadas nuevas doctrinas, y tropes de reaccionarios oponiendo una organización mecánica y casi militar á todas las expansiones de la nueva idea; choques terribles entre Imperios magnos que en polvo se deshacen, y nacimiento de nuevas entidades sociales que arden como faros en las riberas del tiempo y proyectan su luz hasta los días de nuestro siglo; todos estos aspectos tan varios del humano espíritu bien merecerían, no un historiador como el humilde que en estas páginas intenta describirlos, sino uno de esos filósofos á cuya cabeza parece como que se sube el alma universal coronada por el iris de todas las ideas.

Imposible conocer la revolución religiosa, si no conocemos los dogmas teológicos y los poderes eclesiásticos entre los cuales se encendiera y desencadenara. Imposible conocer estos dogmas católicos, si no los seguimos en

el tiempo, y no los sorprendemos en la hora crítica de su formación y nacimiento. Al morir el mundo antiguo y nacer el mundo moderno, formáronse varias de estas supremas síntesis, que en lenguaje científico se llaman sincretismos. Bien puede asegurarse que todas las ideas del mundo antiguo desaguaron como los ríos en los mares dentro de la doctrina que debía ser alma del mundo moderno. Si buscáramos la genealogía del pensamiento que ahora pasa por nuestro cerebro, tendríamos que elevarnos á los altares de los dioses indios, como si buscáramos la genealogía de la raza aria á la cual pertenecemos por nuestra complexión y nuestra sangre, tendríamos que elevarnos al seno misterioso de las selvas indias. Lo mismo que sucede con nuestro cuerpo, aglomeración de átomos esparcidos por la tierra y tomados por la asimilación, la nutrición, la respiración, sucede con nuestra fe, aglomeración de ideas esparcidas en la conciencia universal y tomadas por los mil medios de comunicación que entre sí tienen los espíritus. Indudablemente la idea de Dios es una idea semítica, la idea de la Trinidad una idea aria, la idea del Demonio y de su combate con Dios una idea persa, la idea del Verbo una idea alejandrina, la idea del Juicio de los muertos una idea egipcia, la idea del Alma y de su inmortalidad una idea esencialmente platónica, y toda la doctrina cristiana la síntesis más perfecta de las grandes concepciones teológicas y morales á que la antigüedad había podido llegar en su continua inspiración. Pues luego que el Cristianismo quedó formulado en los primeros apólogos, fueron á él como por un movimiento inevitable los grandes caudales de ideas que surgían de tantas y tantas escuelas como elaboraban por las ciudades principales del mundo nuevos sistemas científicos. Alejandría dejó tras sí una síntesis de ideas filosóficas; Roma, otra síntesis de ideas políticas; y Jerusalén otra síntesis de ideas religiosas. Pero las ideas religiosas no podían ni extenderse en la conciencia sin auxilio de las ideas científicas de Alejandría ni realizarse en el espacio sin auxilio de las ideas políticas de Roma. Por eso la una, Alejandría, le dió al Cristianismo los Padres de la Iglesia que elaboraron el dogma; y la otra le dió al Cristianismo los grandes pontífices de Roma que inventaron la disciplina y le prestaron al dogma por medio del derecho canónico medios múltiples de realización y de cumplimiento. De esta suerte misteriosa las ideas se combinan; y no hay esfuerzo que se

pierda, pensamiento que se malogre, resplandor que se desvanezca, aspiración noble que en lo vacío se evapore, resultando que así como los astros se mandan unos á otros la luz, las almas se mandan unas á otras las místicas y sublimes inspiraciones propias en el movimiento, transformación y cambio de la vida universal.

Nació el Cristianismo en Jerusalén y en Jerusalén murió el Salvador; natural era que los magnates de Jerusalén tuviesen grande influjo sobre los primeros apóstoles de la nueva doctrina y los primeros discípulos del divino maestro. La Iglesia naciente no podía separarse en sus primeros pasos de la Sinagoga, su madre, como el feto no puede separarse en su primera gestación de las entrañas que lo llevan y que lo nutren. Por estas leyes ineludibles de la serie, en el seno de la comunidad cristiana, y en la asociación de los primeros apóstoles, nació un partido en cuyo sentir debía la nueva Iglesia quedarse confundida é identificada con la antigua Sinagoga. En concepto de tales conservadores, que impulsaban la nueva doctrina perseverantemente hácia los extremos de una reacción peligrosa, Cristo aparecía como el Mesías prometido á los judíos, la ley nueva como confirmación de la ley antigua, los ritos bíblicos como precedentes necesarios á los ritos evangélicos, la circuncisión como un sacramento al igual del bautismo, pareciéndose en todo á los pobres ebionitas, cuyos clamores turbaban el silencio de los desiertos y cuyas oraciones subían á guisa del cántico de los profetas en nubes de aspiraciones judaicas al Dios vivo de Israel. Hallábase á la cabeza de esta secta, como precisaba en la lógica inevitable de los hechos, el hombre que debía representar con mayor título y por delegación expresa de Cristo la autoridad, y que representando la autoridad, debía intentar el guarecerla y afirmarla por las antiguas tradiciones y su religioso prestigio. Orígenes dice que el jefe de los apóstoles, judío por su origen, judío por su fe, judío por sus sentimientos y sus creencias, despreciaba con soberano desprecio á todos aquellos que no fuesen como él, en cuerpo y alma, judíos. Comprendíanlo así tan claramente los escribas y fariseos, enemigos irreconciliables de Cristo, que como hiciera Pedro algunas curas en nombre de este, le prohibieron terminantemente mentarlas y le dejaron la predicación del resto de su doctrina por creerla ortodoxa, es decir, ajustada en su espíritu y en su letra juntamente, á las prác-